

DIA A DIA

Tierra Santa

Por allí pasó, con su cortejo de horrores, la guerra. Aquellas rutas silenciosas, aquellos caminos a lo largo de los ríos legendarios que por lechos de arena rubia deslizan su linfa transparente, aquellos bosques de cedros y de naranjos, de higueras y de olivos, aquella llanura roja de la Judea, aquella extensión plana, árida del país de Galil, han contemplado el desfile de los ejércitos contendientes. Y en los pueblecillos donde se apiñan estrujándose las casas milenarias, oscuras, cuadradas, frías y eternamente silenciosas, acamparon, viniendo del Norte y del Sur, hombres de guerra vestidos con raros uniformes de kaki, cubiertos con cascos amarillos, calzados con duras botas; y en las plazoletas de paz eterna, se juntaron, como manadas de animales de una fauna exótica, los fuertes carros de guerra, los arzones de artillería, las baterías de cañones de bocas oscuras y siniestras. Por aquellos senderos, que en las noches perfumadas y blancas añoran la silueta del soñador apacible que fué por ellos en peregrinación de amor, siguiendo un ensueño y hablando dulcemente palabras de confraternidad y paz, han desfilado, como mastodontes, los pesados «tanques», y los regimientos en marcha de las caballerías. Y en el cielo, aquel cielo de azul profundo, hasta el cual subiera la oración del Justo en el Monte de los Olivos, han volado los pájaros metálicos, inmensos, vigilantes, prontos a repetir sobre estos mismos lugares, la lluvia de fuego exterminador que cayera sobre las ciudades de Pentápolis.

Desde hace siglos estas tierras estaban en manos de los turcos; eran un país de ensueño, como el del Hedjaz misterioso, como las regiones de Damasco, como la fabulosa Bagdad, como la Arabia misteriosa, como Bassora o las entrañas casi desconocidas del Asia Menor. Era aquello un nido de cuentos beduinos, de narraciones persas, de añejas tradiciones islamitas; era sitio de tráfico de las caravanas que venían de Arabia, de los misteriosos reinos de la coronada de Saba que encantó a Salomón, de las caravanas de Suiza, de los camelleros que venían desde el fondo del Golfo de Ormuz. Y a las orillas del Jordán, en cuyas espumas se bañaran los caballos blancos de Herodías, erraban los cabreros conductores de rebaños, y se oía el lamentar errante de sus pífanos. En aquellos montes umbríos, en aquellos desfiladeros, pedregosos y difíciles, encontraban abrigo las turbas de malhechores que asaltaban las caravanas de los mercaderes. Y en casetas aisladas, blancas de cal, vivían los santones; y desde los ajimeces de las torres altas, en las mezquitas de Alah, la voz sonora de los mue-

zines llamaba a los creyentes hacia el Dios altísimo y único.

Eran los lugares santos del cristianismo profanados por la dominación de los infieles; la pasión religiosa no se resignó nunca a verlos en aquellas manos, y desde Pedro el Ermitaño, que recorrió en una mula los campos de Francia predicando el rescate del Sepulcro de Cristo, el cristianismo ha querido ver aquella tierra de su cuna y de sus primeros años en manos de los suyos. Este ideal fué el de Ricardo Corazón de León, el del Emperador Barbarroja, el de San Luis, rey de Francia, el de Godofredo de Bouillón, el de los caballeros venecianos y lorenenses, el de los guerreros lombardos y flamencos. Reyes, príncipes, nobles, prelados y plebeyos corrieron al grito de «Dios lo quiere» hacia aquel oriente de sus anhelos.

Ahora, en 1919, los ejércitos aliados han realizado el ensueño de tantos siglos; los infieles han sido echados de allí; ahora Judea, bajo el protectorado de la nación francesa, nación cristiana, volverá a los tiempos bíblicos de los reyes y los profetas: entran a su casa los viejos amos, los israelitas, judíos y samaritanos. En las sinagogas seguirán predicando los rabinos; los doctores de la Ley explicarán de nuevo las enseñanzas de Moisés, y habrá una reminiscencia de los tiempos levíticos. Y se podrá peregrinar por aquellos lugares de leyenda: Genezareth, Magdalo, el de la hermosa pecadora, Sichein, Belén, cuna del más dulce rabinos, el arroyo del Cedrón, Jerusalem, con su calvario y su monte del Gólgota, el Tabor, el pozo de Jacob donde la bella samaritana dió agua al peregrino que poseía la fuente del agua viva.

Pero para esto fué necesario que los aeroplanos volaran sobre los montes de Sión y del Sinaí; que los cañones llenaran de ecos roncós las concavidades de aquellos montes pedregosos y desolados, que la piqueta de los zapadores removiera el polvo de aquellos caminos que deben sentir la nostalgia de las sandalias del galileo divinizado, que los combates se sucedieran en aquellos mismos sitios donde se cantó el hosanna en un domingo glorioso de ramos, que la guerra pasara, con su cortejo de horrores, por aquellas llanuras muertas, silenciosas, que el sol ha enrojecido durante tantas tardes, mientras que a la puerta de su tienda una mujer delgaducha de ojos profundos y negros como cisternas, narraba a su nieto adormecido, añejas tradiciones fantásticas de reyes y de príncipes, de desiertos sin límites por donde ambulan las tribus vagabundas, de noches plácidas bajo un cielo donde brillan las estrellas como diamantes luminosos.

EL HUSAR BLANCO

Por esas calles

Hubo un baturrillo en plena vía pública entre dos individuos de apellido Arbuola y Corea y dos mujeres apellidadas García y Pieters, respectivamente.

Resultaron mal heridas las dos hembras, con rasguños, golpes y contusiones. El público gozaba con la película.

Se verificó ayer a las 6 a. m. la tradicional procesión con la imagen de la Virgen del Carmen. Salió del templo de

este nombre, y duró el acto cuarenticinco minutos.

La concurrencia fué numerosa.

Ricardo Lamas, quien antenoche fué herido con piedras, sigue de cuidado. Según dictamen del Médico del Pueblo presenta tres lesiones: una en la cara y dos en la cabeza, estas últimas son de mucha consideración.

Ecos del 14 de Julio de 1919

En este día de fiesta nacional francesa, costarricense, más propiamente dicho universal, pasadas apenas dos semanas después de haberse firmado los preliminares de la gran paz que ha venido a finalizar la más grande de las guerras, preciso es recordar que cinco años antes, cuando Francia, pacífica, se vió de pronto atacada, todos sus hijos, dejando las herramientas de trabajo, se aprestaron a su defensa y corrieron a la frontera amenazada para hacer frente al invasor. Con un decidido valor y una tenaz paciencia, únicos en la Historia, aquellos soldados detuvieron valerosos la marea del militarismo bajo y brutal, que desprovisto por completo de ideales, no llevaba otro fin que el de debilitar y romper el patrimonio de libertades de los pueblos civilizados del mundo.

Hace cinco años, cuando Francia se vió asaltada por las hordas germánicas, de todas las conciencias sanas del mundo surgió un grito de indignada protesta. Fué un voto universal que pidió al unísono que la Francia fuese salvada; y una después de otra, 23 naciones de la tierra se asociaron para combatir el enemigo común.

Hace cinco años, cuando los dos pueblos ribereños del Rin se encontraron, una vez más, frente a frente, en una guerra desencadenada por Alemania, arrogante y dominadora, Francia se puso en pie, convulsionada, presta a defender su suelo y sus libertades, resuelta a la muerte antes que a la esclavitud. Y su causa ha aparecido tan bella, y el ideal por el que ha combatido tan alto, que Francia ha visto acogerse bajo su bandera a todos los pueblos libres.

Durante casi cinco años la Francia ha estado magnífica en su serenidad, en su calma, no sospechada por la espontaneidad clamorosa de sus entusiasmos. Durante cinco años Ella ha sido el campeón de la democracia. Así es que podemos decir que el heroísmo de sus soldados y el valor cívico de sus ciudadanos le han conquistado toda la veneración universal.

Por otra parte, si el esfuerzo y el mérito se midiesen por los sacrificios hechos, no estará de más recordar que Francia ha perdido 1.400,000 muertos, toda la flor de su juventud, contra Inglaterra que ha perdido 658,000 y Estados Unidos 58,478. Además, los heridos franceses llegan a tres millones, de los que le quedan 734,000 mutilados cuyo sacrificio, impondrá, durante largo tiempo, muy pesada carga al país. Un cuarto de la riqueza productiva de la nación ha sido destruida y el costo de la guerra que soporta alcanza a la formidable cifra de 160 mil millones de francos. Agréguese a esto que los daños materiales que han sufrido las regiones víctimas de la invasión montan a la cantidad de 120 mil millones!

Según un cálculo americano, citado hace poco tiempo por M. Deschanel, hemos perdido el 64% de nuestra riqueza nacional! De los 2.650,000 hectáreas de terreno devastadas, cien mil no podrán ser cultivadas de nuevo, y 800,000 quedarán muy difíciles de reexplotar. Seiscientas mil hectáreas han sido destruidas y 145 refinerías de azúcar, de las 213 que existían, se encuentran actualmente arruinadas.

Un presupuesto como este de dolores y de sacrificios crea necesariamente derechos, sin contar con que las batallas decisivas y las operaciones supremas han sido ganadas y dirigidas por generales franceses. Es así como la Francia que ha conquistado con sus esfuerzos la fraternal amistad de los pueblos civilizados, y que se ha engrandecido en la estimación y simpatía del Universo libre, debe encontrar en la paz actual, la certeza del hermoso porvenir que tanto ha merecido.

Qué no diremos ahora de los bravos «poilus» que, por dos veces, en 1914 y en 1918, han salvado el país y han dominado el destino con el más extraordinario esfuerzo de perseverancia y valentía que ejército alguno haya realizado? Se les pagará algún día lo justo por la gran tarea llevada a cabo? A ellos, a los pequeños, a los oscuros, los sin-gelos que Sir John French llamaba «damned good soldiers», con su valor y su constancia han sobrepasado los límites morales y físicos del esfuerzo humano, y, con ellos, con los que han sufrido, con los que han resistido, con los que han vencido, tenemos una deuda de gratitud que solamente la eterna memoria de los franceses reconocidos podrá pagar.

Se puede decir que, obreros de una obra inmensa todavía insuficientemente conocida y cuyo alcance real no podrá ser medido antes de mucho tiempo, los «poilus» anónimos que han librado a los pueblos del guantelete de hierro de los bárbaros, han adquirido títulos imprescriptibles a la gratitud del mundo entero.

No ha sido por ellos que M. Clemenceau, hablando en nombre de los vencedores, ha podido significar al mundo, en Versalles, en la

misma Galería histórica de los Espejos, donde Bismark hizo consagrar al inolvidable abuelo Guillermo I, la ruina del imperio teutón?

Alemania, en cambio, si no se ha enriquecido durante la guerra, al menos ha conservado intacta una gran parte de su riqueza. Sus ciudades están intactas y sus altos hornos siempre encendidos, mientras que la Francia ha visto el suelo de diez de sus departamentos arrasado y devastado; miles de ciudades, de villas y aldeas, centenas de miles de casas, exactamente 560,000, arrasadas o medio despedazadas; 4,200 iglesias o capillas demolidas; sus stocks de materias primas robados; su maquinaria trasladada a Alemania; sus fábricas incendiadas; sus más prósperas ciudades industriales despojadas; sus históricas ciudades que atesoraban tradiciones y monumentos de una arquitectura inestimable, bombardeadas y reducidas a un montón de escombros; cerca de dos mil puentes, esclusas y viaductos destruidos. Sin duda alguna la Francia ha soportado las más rudas pruebas, ha llevado el peso más grande de la guerra, ha experimentado desgracias indecibles con un valor y una determinación que no han podido menos que excitar la admiración maravillosa en el mundo. Nadie piensa que sea cívico: pero ahora nos es necesario remover doscientos millones de metros cúbicos de tierra para cerrar las trincheras y los huecos dejados por los obuses; pero será necesario trabajar durante dos años en Lens antes de sacar de las minas cegadas, una sola tonelada de carbón. He ahí unas cifras que ciertamente poseen su elocuencia.

Vencida en 1871 la Francia debió pagar mucho más del costo de aquella guerra, mientras que ahora, victoriosa en 1918 no podrá ser nunca indemnizada de sus espantosas pérdidas. Sin embargo los aliados no han querido dejarla despojada de los frutos de su éxito que tan caro ha pagado. Ellos no han querido darle, según la palabra de M. Clemenceau, una victoria a lo Pirro. Es así como han decidido que Alemania, cuya fortuna en 1913, según Helfferich, se elevaba a 410 mil millones de francos, deberá pagar con el tiempo una parte del costo de esta guerra que ella ha buscado y declarado.

Recientemente Inglaterra y Estados Unidos, potentes y aislados, en medio de los mares, cuya soberanía tienen sus escuadras, pueden dedicarse a especulaciones sobre los medios de impedir las guerras en el futuro. Pero la Francia, veintiocho veces invadida por los germanos, siendo de notarse cuatro en el curso de un solo siglo, debe asegurar a su pueblo y a su industria una libertad futura sin temores y defendidos de una nueva invasión. Los franceses han exigido garantías capaces de sobrevivir a una muerte posible de la Liga de las Naciones, pues ellos permanecerán, así lo ha dicho el Presidente Wilson, en las fronteras mismas de la civilización. Y después que esta guerra ha mostrado el valor defensivo del Marne, del Yser, del Somme y del Aisne, nosotros hemos reclamado, por nuestra seguridad, la formidable trinchera del Rin. Hemos exigido que la Alemania sea definitivamente echada, como organismo político y militar, al otro lado del gran río fronterizo.

Y hoy nuestras finanzas están un poco más malas que antes, eso se debe a que desde el primer día nos hemos debido consagrar en cuerpo y alma a sostener nuestros ejércitos y a ganar la guerra.

Indudablemente la Francia sale de esta lucha titánica con un prestigio moral incomparable pero con profundas heridas, siendo la que ha sufrido más de los países victoriosos. Sin embargo, vedla; emergiendo apenas de los escombros y de las ruinas acumulados por cincuenta y dos meses de guerra, se esfuerza por levantar su industria y restaurar su comercio; desgraciadamente pasarán años antes que vuelva a tener la riqueza y la vitalidad de antaño, antes que su situación floreciente de antes sea restablecida.

¡Tenemos sin embargo confianza! Con esta virilidad céltica que, en todos los tiempos, ha hecho la admiración del mundo, nuestros industriales nuestros comerciantes, nuestros labradores y nuestros obreros, devolverán al país su antiguo esplendor. Además Francia tiene ahora amigos en todos los rincones del Globo y estos amigos sabrán ayudar su reconstrucción; y un día vendrá para ella más lleno de vida, más glorioso, más rico que nunca, por complejos que sean los problemas que se sometan a la sagacidad de sus economistas.

Por otro lado, la Alsacia y la Lorena donde durante 48 años lucharon la famosa «Kultur» y la civilización celta latina, libertadas de un régimen de férrea esclavitud, conocerán en adelante días felices, y después de haber sufrido angustias bajo la peor de las dominaciones,

(Pasa a la cuarta página)

